

January 2008

Conversando con Gustavo Baena “El mejor maestro es aquel que investiga e involucra apasionadamente en lo que investiga al estudiante”

Fernando Vásquez Rodríguez
Universidad de La Salle, fvasquez@lasalle.edu.co

Rafael Campo Vásquez
Universidad de La Salle, actualidadespedagogicas@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

Citación recomendada

Vásquez Rodríguez, F., y R.Campo Vásquez. (2008). Conversando con Gustavo Baena “El mejor maestro es aquel que investiga e involucra apasionadamente en lo que investiga al estudiante”. *Actualidades Pedagógicas*, (52), 131-145.

This Artículo de Investigación is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Actualidades Pedagógicas by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Conversando con Gustavo Baena **“El mejor maestro es aquel que investiga e involucra apasionadamente en lo que investiga al estudiante”¹**

Fernando Vásquez Rodríguez/ Rafael Campo Vásquez*

Recibido: 28 de agosto de 2008

Aceptado: 3 de septiembre de 2008

Resumen

En esta entrevista, el profesor Baena habla de sus inicios en la docencia, de sus concepciones sobre la enseñanza y el aprendizaje, de la “figura orgánica” como su modelo de docencia, de la pasión como eje vital de la investigación y la enseñanza, de teología, de la Biblia y sus formas de interpretación.

Palabras clave: docencia, enseñanza, investigación, teología, Biblia, exégesis bíblica.

Talking with Gustavo Baena **“El best teacher is who researches and involves passionately to the student in his studies”**

Abstract

In this interview, professor Baena talks about his beginnings in education, his conceptions on teaching and learning, the “organic figure” as his model of teaching, the passion as vital axis of the research and the teaching, on Theology, the Bible, and its interpretations.

Keywords: teaching, research, Theology, Bible, biblical interpretation.

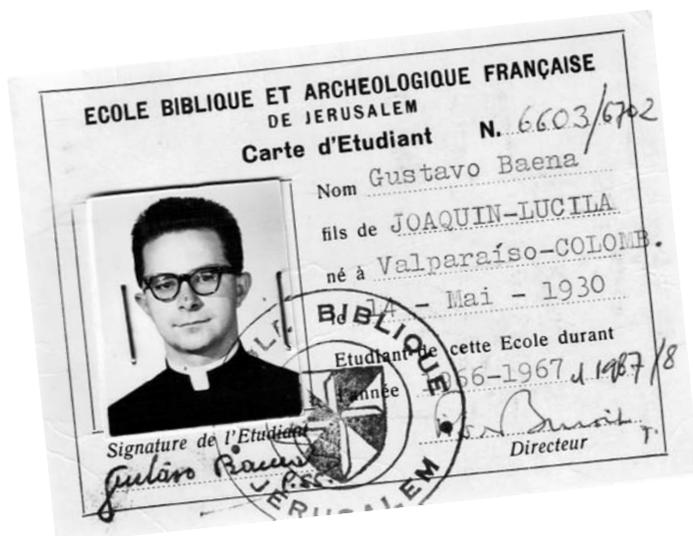
Submission date: August 28th, 2008

Acceptance date: September 3th, 2008

¹ **Origen del artículo.** Esta entrevista hace parte de la investigación que sobre “La calidad de la docencia Universitaria” han adelantado los autores.

* **Fernando Vásquez Rodríguez.** Colombiano. Profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana. Magister en Educación por la misma universidad. Director de la Maestría en Docencia de la Facultad de Educación de la Universidad de La Salle. **Correo electrónico:** fvasquez@lasalle.edu.co.

Rafael Campo Vásquez. Colombiano. Ph.D. en Educación. Profesor titular de la Universidad Javeriana. Segundo vicepresidente de la Académica Colombiana de Pedagogía y Educación.



"Este es el carné de estudiante de la Escuela Bíblica de Jerusalén. Y quien lo firma es Pierre Benoît, una de las personas que más me han impactado en la vida"

Gustavo Baena no tuvo la posibilidad de asistir a la escuela, sino que hizo la primaria con su madre, una mujer de lúcida inteligencia. Baena, un especialista en exégesis bíblica, hace un balance de su trabajo de maestro por más de 30 años.

Profesor con más de veinte años de experiencia en la Universidad Javeriana, fue sacerdote del clero secular y profesor en el Seminario Mayor de Bogotá. Durante algún tiempo, se desempeñó como profesor de Filosofía y Teología en seminarios mayores preparando sacerdotes, solo después entró a la Compañía de Jesús y allí siguió siendo profesor de Teología y Exégesis bíblica en la Facultad de Teología.

Fernando Vásquez y Rafael Campo: Antes de entrar a la Compañía de Jesús, ¿llevaba ya algunos años enseñando?

Gustavo Baena: Llevaba por lo menos 12 años enseñando, porque en años anteriores estuve estudiando en algunos lugares. A mi me destinaron a estudiar Teología en un principio y en efecto hice toda la carrera de Teología en la Universidad Javeriana hasta obtener el título de Doctor. Después, cuando ya me dediqué más a fondo a la formación del clero, entonces fui enviado a estudiar fuera del país. Estuve un año en Canadá haciendo un posgrado en Cristología en la Facultad de Teología de la Universidad de Montreal; poco tiempo después consideraron que debería especializarme en Exégesis Bíblica y para ello ingresé al Instituto Bíblico de Roma; luego estuve cerca de cuatro años dedicado enteramente a la investigación exegética de la Biblia en la Escuela Bíblica de Jerusalén y tiempos después se me dio la oportunidad de

estar, cerca de un año, trabajando en un tema muy específico de la investigación bíblica en Frankfurt.

Como se puede ver, empecé como profesor, enseñando filosofía y teología sistemática y durante pocos años, pero todo el resto del tiempo hasta hoy lo he dedicado a investigar y enseñar o exégesis bíblica o teología de la misma Biblia. Siempre, pues, estudiando exégesis bíblica.

Pero en todo esto el primer beneficiado he sido yo mismo, más que mis estudiantes, porque la teología estructura internamente a la persona. La teología no es un tratado sobre Dios, sino que es la captación ordenada de una lógica del modo de obrar de Dios en el ser humano, tal como es percibido por la experiencia de los mismos seres humanos en procesos comunitarios; esta experiencia es la que descubre el exégeta en los distintos textos de la Biblia, por medio de instrumentos críticos y empleando una gran serie de criterios que se van creando con el uso de métodos propios de la episteme que subyace en el conocimiento de Dios a partir de experiencias comunitarias

El objetivo que se busca en esta lógica del actuar de Dios que se descubre en los textos de la Biblia, es ofrecer criterios, por lo demás normativos, para nosotros los creyentes, a fin de que los seres humanos se sitúen de manera consciente y libre dentro de esa lógica del obrar de Dios. Esto es lo que yo llamaría la ética de la Biblia. Es situar al ser humano dentro de la lógica del actuar de Dios en el hombre, aconteciendo históricamente en él. Y más directamente, si nos situamos en los textos del Nuevo Testamento, que el ser humano se comporte en forma coherente y responsable con relación a Dios que habita por su espíritu en el mismo hombre.

R. y F.: Y en ese desarrollo, en ese forjarse, ¿qué maestros fueron definitivos durante esa formación? ¿Hubo algunos modelos de maestro?

G. B.: Sí, modelos de maestros percibí en distintos lugares.

R. y F.: Por eso nos parece interesantísimo, dada la gama de su formación

G. B.: Sí, es cierto, los maestros que más influyeron en mi fueron los de la Escuela Bíblica de Jerusalén, particularmente Roland de Vaux y François Langlamet, ambos franceses, de la Orden de Predicadores (Dominicos).

R. y F.: ¿Por qué? ¿Qué tienen en particular?

G. B.: Porque generalmente en otras facultades se siguen programas y se aprenden contenidos, mientras que en la Escuela Bíblica de Jerusalén forman investigadores. De allí, entonces, que lo que más aprecio de mi vida como maestro es poder investigar, porque el investigador está enseñando lo que encuentra y produce, sobre todo aquello en lo cual está implicado vitalmente; y máxime en estas ciencias de la Biblia.

Siempre he mantenido un principio hermenéutico para los textos de la Biblia que es propuesto por uno de los exégetas más admirados por mi, Rudolf Bultmann; este gran investigador de la Biblia dice que para entender un texto, de la Biblia sobre todo, es necesario que el lector se ponga en relación vital con la cosa de la cual están hablando los textos, pero como en los textos quienes se están expresando son personas y comunidades y lo que confiesan en los textos es la experiencia de Dios que han tenido dentro de la misma comunidad, eso quiere decir que si el lector de la Biblia no está muy implicado vitalmente con esa misma realidad de experiencia de Dios, ese lector no va a entender el real sentido del texto.

Entonces, para quien es profesor de estas disciplinas, ese principio hermenéutico bultmaniano es criterio fundamental que impulsa o mueve al estudiante para que se ponga en paz con Dios mismo y lo experimente, porque esto es todo un presupuesto crítico y básico para entender mejor la cosa de la cual están hablando los textos. Críticamente hablando, cualquiera creería que eso es algo meramente piadoso, pero no, aun desde el punto de vista científico. Uno como profesor de Biblia no está enseñando cosas piadosas sino coherencia de la vida, honestidad, limpieza en todo lo que se hace, porque es esta una manera como el estudiante se va disponiendo a sentir a Dios mismo, tal como se deja sentir en los textos de la Biblia y por medio de ella.

R. y F.: Ayúdenos a entender el modelo de estos maestros de Jerusalén. ¿Cómo actuaban? ¿Qué hacían?

G. B.: Por ejemplo, un modelo para mi fue Rolando De Vaux, quien, como es bien sabido en el mundo entero, es uno de los grandes descubridores e intérpretes de las ruinas y de los textos de Qumram, en la margen noroccidental del Mar Muerto en Palestina.

R. y F.: ¿Cómo era él? ¿Cómo empezaba sus clases...?

G. B.: Lo propio de estas personas es ser extraordinariamente apasionadas por las cosas que investigan y enseñan. Las domina un afecto profundo por esas realidades que descubren y con el mismo afecto las comunican. Esto hace que las cosas agarren a la persona casi las 24 horas del día. Se podría decir que su cerebro no se mueve sino en función de su investigación; creo que sueñan con lo mismo. Este hombre era absolutamente excepcional, humilde hasta en el modo de vestir, jovial, de una gran simplicidad y sencillez. Pero también era extremadamente sagaz, sutil, diáfano en su lenguaje, lleno de imaginación y de humor fino en sus conferencias y en su manera de enseñar. Pero sobre todo, era un hombre atractivamente santo que vino a este mundo sólo a hacer cosas que prestaran un servicio a la humanidad sin otros afanes secundarios.

Existe aún otro personaje por el cual tengo profunda admiración, es el alemán Norbert Lohfink, S.J., actualmente profesor en la Escuela de Teología Sankt Georgen en Frankfurt, creo que es el mejor exégeta que tiene la iglesia católica en este momento. Es un investigador mundialmente conocido, también apasionado investigador del Antiguo Testamento; como docente, contagia al estudiante con lo que investiga y enseña. Estos personajes no son raros, son absolutamente comunicativos y joviales, de muy fácil relación con el estudiante y que dejan entrever el interés por formar personas. Estas son características propias del maestro y que dejan impactos profundos en sus estudiantes.

Yo diría que para estos personajes la investigación no es sencillamente para complacerse en lo que están descubriendo, sino que los apasiona el poder servir con lo que descubren y enseñan a los seres humanos.

Pero ya que ustedes me preguntan por maestros que me han impactado en la vida, no podría dejar de mencionar un autor que me fascina por su rigor científico, la sutileza de sus análisis y su creatividad hermenéutica, es Rudolf Bultmann. Todo esto, para demostrar que el mejor maestro es aquel que investiga e involucra apasionadamente en lo que investiga al estudiante.

R. y F.: Es la misma idea que usted planteó en uno de los Congresos de Investigación de la Universidad Javeriana

G. B.: Ah, sí, es el mismo planteamiento: cómo investigar textos y al mismo tiempo, cómo comprometerse vitalmente con la cosa de la cual están hablando los textos.

Tomemos un ejemplo, una parábola de los evangelios: la parábola del grano de mostaza; ustedes pueden hacer todos los análisis que quiera sobre el texto de esa parábola y son necesarios, pero tengo la impresión de que luego de analizar literariamente el texto, el sentido del mismo sería solo la resultante de tales análisis y, por tanto, el sentido completo del texto no desbordaría los límites de los análisis literarios.

Me parece que esto no es suficiente, sobre todo cuando lo que se pretende es descubrir qué fue lo que Jesús realmente quiso expresar; los análisis, dije antes, son necesarios, pero se quedan atrás cuando uno se hace la pregunta: ¿de qué cosa estaba hablando el texto de la parábola en cuanto empleada por Jesús, no ya en el contexto de Marcos o de Mateo o de Lucas, sino en el contexto de Jesús mismo, cuando por otra parte se tiene hoy gran certeza de que Jesús en sus parábolas típicas expresaba la experiencia que tenía de Dios mismo y tal como la sentía?

Cuando nos vamos acercando, por un lado, a la experiencia que tuvo el que habla, en este caso Jesús y, por otra parte, al texto mismo por medio de los análisis histórico-críticos y literarios que nos pueden ayudar a ver lo que estarían captando las personas que escuchaban a Jesús, entenderíamos mejor que quien emplea esas imágenes o parábolas lo hace porque está ideando cómo hacerse entender, y en consecuencia percibe que los oyentes también las entienden. Esto quiere decir que Jesús estaba pensando en personas que tenían unas categorías mentales capaces de comprender las imágenes o parábolas que les proponía.

R. y F.: Ya que tocó eso, ¿cómo prepara usted sus clases?

G. B.: Miren, cualquiera creería que yo preparo mucho las clases. Sí y No. Si uno permanentemente investiga el campo del saber que está enseñando, solo le es necesario ordenar lo que pretende enseñar en la siguiente hora.

R. y F.: ¿Ya la tiene preparada?

G. B.: Preparar una clase no es propiamente acumular datos que el profesor encuentra por todas partes y de diverso origen, sino ordenar lo que ya investigó, y posee y domina. Para mí, la preparación inmediata de una clase no es disponerme a agrupar datos, sino más bien disponerme yo mismo a lo que pretendo estructurar o formar en el estudiante con el saber que le estoy ofreciendo.

R. y F.: Por lo regular, ¿cuánto duran sus clases?

G. B.: Unos cincuenta minutos.

R. y F.: Y ese tiempo, ¿cómo lo organiza?

G. B.: Para mí, no sólo en cada clase, sino durante todo un curso semestral, tiene enorme importancia que todo se exponga con un evidente orden lógico, de tal manera que el estudiante sea consciente de que lo que le estoy mostrando no es una yuxtaposición de datos o elementos, sino algo que tiene una figura orgánica, que se va desarrollando y descubriendo, en la medida en que van apareciendo los diversos elementos.

Me acompaña una cierta sensibilidad para captar cómo es el funcionamiento concreto o manera de captación de los estudiantes que tengo al frente y mi tarea es entrar o penetrar en ese funcionamiento mental y así poder percibir con la lógica que ellos manejan, el ordenamiento lógico o la figura lógica de los contenidos que les estoy mostrando. En esa lógica juega enormemente la capacidad de imaginar las cosas que enseño, como si tuviera una figura con contornos bien definidos, de tal manera que si ésta se percibe, se descubre al mismo tiempo cual es la función orgánica que cada elemento tiene dentro de los contornos de la figura.

Por eso me parece criticable el sistema que se tiene de evaluación en la universidad, según entiendo, por medio de parciales mensuales. Con ello lo que el estudiante percibe de sus cursos no son figuras orgánicas intentadas seguramente por sus profesores, sino fragmentos de algo que no alcanza a tener figura unitaria y orgánica. Le daría mucha importancia a exámenes o evaluaciones semestrales, a fin de mover al estudiante a que él mismo se esfuerce por



"Esta foto es por allá de 1973; yo estaba de profesor en el Seminario Mayor de Bogotá. Aún no era jesuita..."

buscar una figura nítida y manejable de lo que ha aprendido en cada disciplina durante su semestre académico.

R. y F.: Entonces, ¿de la lógica de esos cincuenta minutos depende el proceso?

G. B.: Depende de dónde va uno, a veces me demoro mucho en un detalle porque observo que aún no se comprenden determinadas cosas.

R. y F.: Denos un ejemplo; un ejemplo de alguna clase cercana.

G. B.: En estos días estoy dando un curso sobre el libro de los Proverbios; este libro seguramente es el más determinante de todos los libros del Antiguo Testamento, si se tiene en cuenta el impacto que la Biblia ha tenido en todo el mundo, particularmente en lo referente a su ética. En efecto, la Sabiduría antigua de Israel influye en todos los libros del Antiguo Testamento y esta sabiduría está representada particularmente por las colecciones más antiguas del Libro de los Proverbios. Pero ¿qué quiero decir con la ética? Que la ética es un comportamiento que cada persona juzga honesto, pero supone una subyacente imagen de hombre ideal que tal persona tiene. Eso quiere decir que este libro está dando una imagen subyacente de hombre ideal y los Proverbios son unas sentencias con las cuales se educaba a las personas ya en el seno mismo de la familia o bien en las escuelas de sabiduría establecidas probablemente en la época de Salomón para educar las élites del Estado, y luego se democratizaron para todos los israelitas.

Estas sentencias se hicieron por medio de una larga observación del cosmos, esto es, la naturaleza y el orden social cotidiano. Los antiguos israelitas pensaban, por otra parte, que el cosmos era justamente el orden de cosas deseado por Yahveh. Ello quería decir que ser ético era situarse dentro de ese orden, o en otros términos, ser ético significaba observar una conducta coherente con ese orden de cosas, o integrarse dentro del mismo, particularmente dentro de un orden social honesto. Esto lo llamaron en el antiguo Israel “hacer la voluntad de Yahveh”.

Mi tarea como profesor de esta concreta materia, es hacer conscientes a mis estudiantes no solo del posible origen de cada uno de los proverbios, sino analizarlos hasta encontrar qué clase de conducta se estaría promoviendo a través de cada uno de ellos, a fin de ir armando la imagen humana ideal subyacente en ellos. Esta manera de enseñar,

deja percibir toda una metodología que el estudiante va descubriendo para que luego él por su estudio personal, continúe analizando los demás proverbios, porque en este libro son varios centenares.

Tengo que agregar que muchas de las historias que se encuentran en los libros del Antiguo Testamento, son una tematización en forma narrativa de la imagen ideal de ser humano de esa época, propuesta por el libro de los Proverbios, sobre todo la fascinante figura de José y también, Abraham, Jacob, Moisés, David, etc.

R. y F.: ¿Un José aún con sus sueños?

G. B.: Sí, aunque los sueños de José son de una etapa literaria posterior, es la etapa primera, o la historia más antigua, la más tocada por el ideal humano de los Proverbios; porque hay tres historias de José metidas en el mismo cuerpo narrativo del libro del Génesis y fueron articuladas por el último redactor, pero son de tres momentos interpretativos o hermenéuticos distintos.

R. y F.: Nos estaba contando que se dedicaba a trabajar...

G. B.: Suponga que yo estoy en clase y voy a contar lo que hice hoy mismo en clase...

R. y F.: Perdón, ¿usted lleva apuntes?

G. B.: Yo llevo a clase unos apuntes que solo sirven para no perderme, es decir, para proceder según un orden lógico a fin de que los estudiantes puedan a su vez seguir ese mismo orden lógico. Así, pues, esos apuntes, breves y esquemáticos, no dejan perder la lógica, a pesar de múltiples ampliaciones, ilustraciones y hasta divagaciones que puedan ocurrir en clase. Todo esto presupone que el profesor domine de tal manera las cosas, que inclusive haga ver las cosas más abstractas como si fueran objetos físicos que se hacen rodar encima de la mesa a la vista de todos. Dominar algo quiere decir que uno percibe con nitidez hasta los más sutiles contornos que tienen los contenidos que se están exponiendo o enseñando y los expresa con facilidad y sencillez.

R. y F.: Entonces estaba contando lo de esta mañana...

G. B.: Yo les estaba diciendo, a propósito del Libro de los Proverbios, en cuanto piezas poéticas o líricas, que es algo

muy original, a saber, que el hombre hebreo piensa poéticamente; es decir, que la poesía no es solo expresión de algo que se piensa, sino que además de ser expresión de algo que se piensa, al expresarlo poéticamente, produce nuevos conocimientos. Es decir, la lírica es causa de conocimiento; o sea, que en la cabeza del autor de un proverbio, que consta casi siempre de dos versos, al juntar el primero con el segundo, formando paralelismos poéticamente pensados, se produce una explosión, o un nuevo conocimiento al expresarlo o al escribirlo, conocimiento que todavía no estaba expreso en las experiencias correspondientes a cada uno de los dos versos. Aquí suelo poner varios casos como ejemplo.

R. y E.: ¿Cuál usó?

G. B.: No tengo aquí la Biblia, quizás lo recuerde de memoria:

*El amigo ama en toda ocasión,
El hermano nace para tiempo de angustia.*

Este es el Proverbio y como se ve es un paralelismo de sinónimos, es decir, los dos versos son dos expresiones diferentes de una misma experiencia o de una misma realidad, pero al juntarlos poéticamente, se produce un nuevo conocimiento, a saber, ¿cuál es el amor auténtico?, o sea, aquel que se deja sentir en los momentos difíciles de la vida; y esto es lo que pretende enseñar el Proverbio...

R. y E.: ¿Qué traducción usó?

G. B.: El libro de los proverbios es el más difícil de traducir.

R. y E.: ¿Schökel no ha hecho alguna traducción?

G. B.: Sí, justamente es muy bueno como traductor del libro de los Proverbios

R. y E.: ¿No para todos los libros de la Biblia?

G. B.: A mi entender no para todos, pero en este caso Schökel es extraordinario. ¿Por qué es tan difícil traducir este libro? Porque cuando se está traduciendo una historia o un discurso con secuencias lógicas, el traductor se guía por la ilación que va llevando la historia o el discurso, pero cuando lo que se quiere traducir no solo son frases aisladas,

sino, además estereotipadas, por el uso popular, como es el caso del libro de los Proverbios, es muy difícil, a pesar de que el traductor tenga un conocimiento muy cabal de la lengua hebrea. A Schökel le favorece enormemente esta tarea porque no sólo conoce muy bien el hebreo, sino que además es un especialista en la literatura lírica hebrea.

R. y E.: En el Cantar de los Cantares ¿también...?

G. B.: Por la misma razón, este libro es una bella página justamente de la lírica hebrea.

R. y E.: ¿Cuáles diría usted que son unas reglas de juego básicas en su clase?

G. B.: Para mí lo que más juega no es solo la materia o disciplina que estoy enseñando, es principalmente el estudiante. Quiero decir, que la misión mía como profesor o maestro no es equipar una persona con esos conocimientos, o con contenidos técnicos, sino sobre todo cómo estructurar con esos conocimientos al estudiante en la unidad de su propia persona. Es el grave problema en la educación o formación de los estudiantes de teología. Quizás le estemos empacando unos conocimientos para responder a una posible problemática futura en la Iglesia. Yo pienso que la teología es para estructurar la misma persona del estudiante, es decir, para hacer de él una persona teológicamente estructurada y ésta es la que deberá responder a los desafíos concretos de la evangelización.

R. y E.: ¿Es como una mediación?

G. B.: Ciertamente esta es la misión del profesor, sobre todo de un profesor de las ciencias de la episteme del mundo de lo religioso o de la fe, que es el mundo de la revelación bíblica.

Una materia académica o una disciplina se enseña principalmente para estructurar al estudiante integralmente en el sentido humano de esa misma disciplina o saber, de tal manera que se identifique con ese mismo saber, hasta que haga parte integral con su persona, y así, cuando quiera describir o hablar de ese saber, le es tan familiar precisamente porque lo está sintiendo y porque está en contacto inmediato con esa realidad sabida. He podido constatar que cuando el estudiante siente que su profesor, además de la pasión por el saber, busca afanosamente formarlo desde ese

mismo saber y por medio de ese saber, ese estudiante se sentirá particularmente unido a su profesor y verá con agrado la razón de ser de sus exigencias y aún la severidad de sus métodos pedagógicos. No genera resentimientos.

R. y E.: ¿Cómo evalúa usted? ¿Qué estrategias de evaluación utiliza?

G. B.: Yo evalúo con métodos tradicionales o comunes: exámenes. Tengo que hacerlo dada la cantidad de estudiantes que tengo en mis cursos, además del número de clases semanales.

R. y E.: En promedio, ¿cuántos estudiantes tiene?

G. B.: Muchas veces hasta 70 u 80 en un solo grupo. Esto es grave y además inconveniente para los estudiantes mismos. Pero también tengo seminarios, pero éstos generalmente son de 12 a 15 y además son estudiantes de posgrado.

R. y E.: De esos grupos grandes, ¿cuántos pierden por lo regular?

G. B.: En este momento estamos con un problema en nuestra facultad. Es muy difícil que un muchacho que es respon-

sable en nuestra facultad la casi totalidad de estudiantes son religiosos... es de esperar que estén muy identificados con los saberes que allí se enseñan y, por otra parte, es poco pensable que estos estudiantes no sean capaces de responder por cosas que han visto en el corto tiempo de un mes; y esto hace que el promedio de pérdidas sea tan bajo. Serían más justas las cosas y las pérdidas mayores si se le diera capital importancia a una evaluación que cubriera el semestre completo, es decir, donde se pudiera ver cuál es la captación que tienen de toda la materia, y cuál el sentido de ese todo dentro de una figura armónica de comprensión.

R. y E.: ¿Y antes perdían más?

G. B.: Claro, cuando era un solo examen semestral, por supuesto.

R. y E.: ¿La tercera?, ¿la cuarta parte?

G. B.: Por lo menos una cuarta parte.

R. y E.: ¿Usted le da alguna importancia a la asistencia?



“Aquí estoy con René Van Hissenhoven, ex director del Instituto Geofísico. Un hombre que hizo una larga y brillante carrera en Estados Unidos y en Japón”

G. B.: Absoluta. Esto es clave. Es imposible que un estudiante que está viendo en forma continua, sin interrupciones, una lógica de las cosas, haya entendido poco; además, la preocupación de no entregar al estudiante saberes inco-nexos o dispersos, sino articulados muy conscientemente en una figura lógica.

Pero la importancia de la asistencia del estudiante a clase se sitúa en el hecho de la relación del profesor con el estudiante y esto es esencial si lo que se pretende es estructurarlo y formarlo integralmente. Agréguese a esta misión el peso que tiene la autoridad del profesor para el estudiante. Esto en la mayoría de los casos es definitivo.

R. y F.: ¿Usted dicta sus clases sentado, de pie? ¿Qué interacciones, a nivel de comunicación no verbal, usa más?

G. B.: Yo nunca me siento, camino, utilizo mucho el papelógrafo o los tableros para mostrar en figuras cosas que son muy abstractas. Y las captan de inmediato. Se trata de volver visible la misma lógica de lo abstracto o por lo menos volver más sencilla la captación de lo que es más complejo. Le cuento que fui un metafísico durante casi 20 años y comprendí, que con un poco de creatividad uno puede manejar el mundo de la metafísica como se manejan con las manos objetos espaciales. Es decir, se trata de emplear todos los medios posibles para darle contornos claros a una cosa abstracta. Pero con esto no solo me refiero al empleo de medios gráficos, sino también empleando comparaciones, desproporciones, caricaturas e inclusive chistes o historias que vienen al caso.

R. y F.: ¿El humor es muy importante para usted?

G. B.: El humor es supremamente importante, no solamente porque distensiona, sino porque con un chiste uno dice muchas verdades; o bien, aprovechando situaciones que casualmente ocurren durante las mismas clases y pueden ofrecer elementos de humor que distensionan y abren espacios a una mayor capacidad de comprensión.

R. y F.: ¿Cómo cree que ha venido cambiando su manera de ser maestro a través de los años?, o ¿ha permanecido muy constante?

G. B.: Miren, yo creo que he tenido algunos cambios y veo que ello se debe a que, por muchas razones, varias de ellas de tipo científico, me siento con mayor dominio de lo que

estoy enseñando y, por tanto, y en consecuencia, completamente seguro de que no estoy engañando a nadie. Eso sí temo: engañar a alguien. Más aún, engañar en estos campos de la teología sería fatal y de consecuencias graves para la fe de los estudiantes; destruiría lo que con tanta pasión quiero construir.

También observo con claridad que he cambiado por el hecho de que, a pesar de estar enseñando durante varios años una misma materia, no enseñé lo mismo ni de la misma manera. Tal vez esto se deba a mi preocupación continua por estar permanentemente investigando y aprovechando cuanto minuto me queda de mis tantas obligaciones y compromisos. Además sería una rutina insostenible para mí y de consecuencias negativas para los estudiantes, que yo no hiciera más que repetir lo que antes había enseñado.

R. y F.: ¿Es en ese sentido que ha percibido cambios?

G. B.: Sí, en el sentido de la claridad, de mejor dominio de las cosas y de responsabilidad con la formación de los estudiantes. La edad en que me encuentro la siento excepcional, aquí es donde uno ve la oportunidad de ensamblar muchas cosas adquiridas durante muchos años, pero todavía dispersas y hasta desubicadas.

R. y F.: ¿Cuántos años tiene usted?

G. B.: Me faltan 3 para 70. Porque si digo que tengo 67 años, suena distinto a si digo que solo me faltan 3 para 70.

R. y F.: ¿Suena distinto por aquello de la totalidad?

G. B.: Quizás; la edad de los 50 a los 70 años es algo muy maravilloso, porque si uno está detrás de la búsqueda de cosas, en muchos trayectos en donde está investigando deja flecos en suspenso o pequeñas cuerdas en suspenso y de pronto empieza a encontrar cómo unirlos o articularlos en su única lógica, o cómo se unifican en un todo con figura clara. Se ve en un primer momento que los tales flecos o las tales cuerdas en suspenso, son solo cuerdas o flecos y nada más que eso en un momento dado, porque uno no va más allá, y no le da para más, no sabe cómo o con qué va empataado todo eso, hasta que esas mismas cosas, o nuevas experiencias o la misma mente en su trabajar permanente, aún inconsciente, las va uniando, o se van articulando solas como en una especie de gratuidad. Nada raro que cuan-

do uno está haciendo cosas, al parecer sin trascendencia, vea grandes claridades aún no previstas y muchos elementos dispersos o desubicados, inclusive ya registrados en el consciente, que se vayan articulando por sí solos.

R. y F.: ¿Qué cree usted que es lo que en este momento, en una sociedad como la nuestra, debe enseñar un maestro, un maestro no necesariamente en teología, sino uno cualquiera?

G. B.: Ay, Dios mío, sepan ustedes que esa pregunta me la he hecho muchas veces. Y puede ser que yo peque por simplista. Pienso que el maestro debe enseñar, transmitir y promover valores en todo lo que enseña. ¿Qué quiero decir con valores? Parecería ingenuo hacer esta pregunta, pero tengo la impresión de que cuando se quiere definir qué es un valor, las definiciones son un poco gaseosas, imprecisas o elásticas.

Dentro del campo de lo ético, o en el de las ciencias humanas, el término valor no se puede definir sin tener presupuestos que identifiquen una imagen clara de hombre ideal; por eso quiero decir que valor es un término que hace relación a una imagen ideal de hombre que subyace en toda cultura, e inclusive en toda ciencia que se diga honesta, y por eso valor es todo lo que vale o significa en función de educar, estructurar o edificar un ser humano.

¿Cuál ser humano ideal? Para nosotros los cristianos el ser humano ideal es evidentemente el ser humano que se nos manifiesta en la persona de Jesús de Nazaret, un hombre que vino a este mundo con el solo propósito de servir, de darse incondicionalmente con lo que era, poseía y conocía, en favor de los más débiles y desprotegidos de su sociedad.

Por eso cuando decimos que un maestro o un profesor, cualquiera sea la ciencia que enseñe, debe transmitir y promover los valores auténticos que su propia ciencia tiene y promueve y debe hacer conscientes a sus estudiantes de esos mismos valores. Y la razón es clara: toda ciencia debe tener como objetivo final la edificación del hombre.

Ya decíamos antes que el profesor tenía una gran auto-ridad frente al estudiante, pero no solo la demuestra comunicando lo que sabe, sino principalmente dando testimonio en su propia persona de los valores que su ciencia promueve y esos mismos valores encarnados en la persona del profesor.

Lo constata nuestra experiencia: nosotros mismos fuimos marcados por muchos de nuestros maestros y profesores a todo lo largo de nuestra formación académica.

El Proyecto educativo de nuestra universidad es maravilloso, o en otros términos, la imagen de ser humano ideal, allí implicada y que queremos formar en todas nuestras carreras, pretende dar respuesta auténticamente humana o cristiana a los problemas que agobian a nuestro país, pero si nuestro profesorado no se compromete con ese proyecto educativo y lo encarna en su persona, de tal manera que lo pueda transmitir en todas las ciencias que se enseñan, ese proyecto no pasará de ser letra muerta en un papel.

R. y F.: ¿Qué es lo que más le molesta a usted en clase?

G. B.: A mi molesta mucho que no estén atentos en clase, o como si estuvieran lejos de clase. Cuando veo a un estudiante en tal situación me desespera. Esto es lo que más me mueve a idear elementos pedagógicos que ganen la atención del estudiante.

R. y F.: ¿Usted tiene relación con los estudiantes fuera de clase?

G. B.: Claro que sí. Yo soy muy buscado por los estudiantes para consultas, asesorías de trabajos, asuntos personales, etc.

R. y F.: Además de su labor docente, ¿usted tiene otras actividades en su condición de sacerdote?, ¿o está dedicado únicamente a la parte formativa?

G. B.: Estoy de tiempo completo en la universidad y gastando hasta los segundos aprovechables en lo investigativo, sin embargo, tengo otras ocupaciones que exigen tiempo y responsabilidad: Pertenezco al grupo de teólogos del CELAM, también al grupo de teólogos que asesoran la Conferencia Episcopal y me debo, además, a exigencias y trabajos que me pide la Compañía de Jesús. Por regla general, nunca tengo vacaciones, durante este tiempo estoy dando ejercicios espirituales al clero de diferentes diócesis del país o bien dictando algunos cursos de Teología y Biblia a muchos tipos de personas. Por principio, nunca durante el tiempo de escolaridad estoy haciendo otra cosa que investigando y dando clases en la Facultad. Este tiempo para mí es sagrado.

R. y F.: A usted ¿que le gustaría mejorar como maestro?

G. B.: A pesar de mi edad esto sigue siendo para mí una gran preocupación. Pero en lo que más quisiera mejorar ahora

sería el poder hacer un seguimiento más constante y directo de cada estudiante. Es evidente que cuando uno tiene cursos de 70 u 80 estudiantes, no puede soñar con la posibilidad de hacer un seguimiento que implique una relación personal con cada estudiante.

R. y E.: ¿Cómo definiría su estado de ánimo, por lo general, en clase?

G. B.: Bueno ahí si les voy a hablar de que soy piadoso. Yo creo que si uno no le pide mucho a Dios, y esto es para mi determinante, no alterarse nunca en clase, tendría el peligro de destruir lo que con tanto afecto se busca: formar al estudiante. Una persona que se altere en clase, desbarata lo que hace y comete injusticias. Eso si se lo pido de rodillas a Dios. La paciencia y buenas manera del profesor distensionan y disponen a los estudiantes a lo que uno está enseñando.

R. y E.: ¿Cómo cree que lo describen sus alumnos?

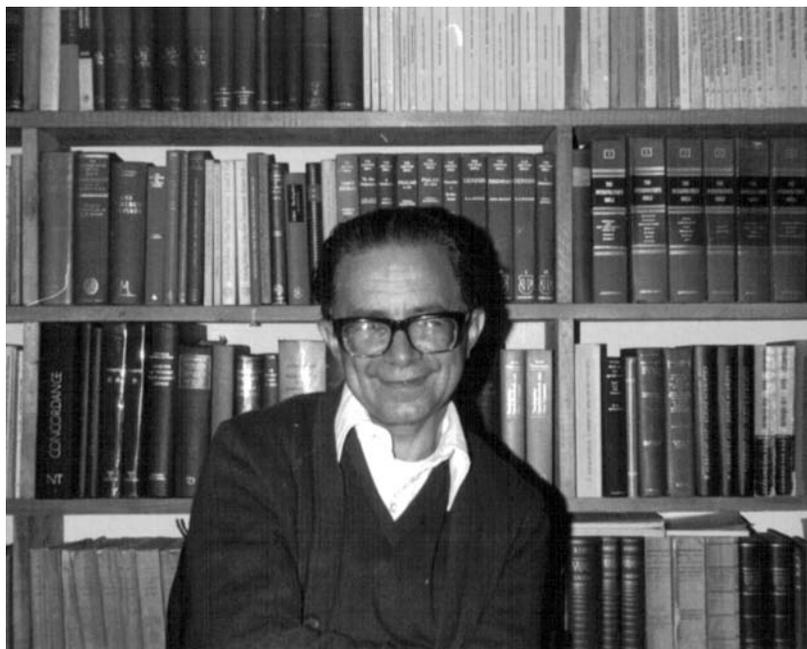
G. B.: Por los caritativos comentarios que oigo de muchas personas, percibo que a los estudiantes les gustan mis clases, pero sobre todo que les tocan su vida y en algo contribuyen estructurar su fe y su responsabilidad cristiana. Siento mucha satisfacción, cuando al encontrarme con viejos alumnos, me recuerdan con afecto y me expresan que les hice algún bien. Pues a lo mejor les tengo que creer.

R. y E.: ¿La didáctica para usted es importantísima?

G. B.: Ciertamente, ¡muy importante!

R. y E.: ¿Cómo llegó, por ejemplo, a ese concepto de figura?

G. B.: Para responder a esa pregunta, permítame que le cuente un proceso muy personal. Yo fui varios años muy afecto a la filosofía y enseñé filosofía y teología escolástica también varios años; y siempre me preocupó el proceso mismo del conocimiento y la teoría del conocimiento. ¿Cómo conoce uno, cómo volverse consciente de cómo uno mismo



“Esta es por ahí en 1992. Mi cuarto de trabajo”

conoce? Esto fue un gran inicio para percibir el conocimiento del otro, porque tenemos mucho en común, ciertamente más lentos los unos que los otros, menos capaces de percibir la realidad unos que otros, de allí que el profesor tenga que ir despacio hasta que comprenda que ya se colocó en la capacidad y dinamismo de la cabeza del estudiante, o sea en su propio ritmo de conocimiento. Esto en primer lugar.

En segundo lugar, yo me independicé, en gran manera, de modos de proceder aprendidos, e inclusive de las concepciones teológicas que me habían enseñado, sobre todo, luego de mis estudios en la Escuela Bíblica de Jerusalén, en donde me enseñaron a investigar y a producir, partiendo de análisis realizados por mí mismo en los textos de la Biblia, y desde allí intentar una articulación de conocimientos como yo los sentía y con la lógica que tenían las cosas que yo mismo podía percibir.

Por estas razones los autores dejaron de ser para mí un guía y se convirtieron más bien en apoyos de mis propios análisis, aunque ciertamente elementales y pequeños, pero míos. Esta experiencia ha sido decisiva cuando yo trato de colaborar en la formación de las personas, en sus estructuras mentales y en la *episteme* que es propia de la Biblia y de la teología.

R. y E.: ¿Cómo en qué momento hay esa independencia de no depender de un autor?

G. B.: Preciso un poco más ese momento. Cuando fui a hacer mis estudios en Jerusalén tenía más de 34 años y ya había enseñado algún tiempo filosofía y teología en varios seminarios mayores de nuestro país.

R. y F.: Volvamos atrás un poquito, ¿usted asiste a la biblioteca frecuentemente?

G. B.: Sí, muy frecuentemente; hasta tres veces en un mismo día; aunque también tengo una biblioteca personal bastante especializada.

R. y F.: ¿La suya?

G. B.: Sí, la mía, pero la de la de la facultad tiene recursos mayores, v.g. series completas de revistas especializadas en exégesis bíblica y en teología.

R. y F.: Por ejemplo ahora, ¿qué ocupa su atención?

G. B.: Ahora lo que me ocupa es algo ciertamente complicado y que pide una paciente dedicación, el Método de Historia de las Formas, pero no se trata del método en sí, como si fuese una teoría abstracta, sino en cuanto empleado en cada texto de la Biblia, particularmente en los Profetas y en los Evangelios.

R. y F.: Al estilo de Hans Urs von Balthasar, ¿o qué?

G. B.: No, Historia de las Formas, este método presupone que la Biblia está hecha de pequeñas unidades, la Biblia no tiene propiamente autores, sino más bien redactores finales de un material literario o preliterario anterior que se produjo en la experiencia de fe de comunidades en diversas épocas y en diversas ambientes de las comunidades; de allí la multiplicidad de pequeñas unidades independientes y de diverso origen. El Método de historia de las formas estudia justamente cual es el espacio comunitario concreto que produjo cada una de esas pequeñas unidades; porque solamente de esta manera se podrá saber qué cosa o realidad concreta están experimentando esas comunidades y a la cual se están refiriendo los textos de estas unidades pequeñas. Finalmente, se podrá también averiguar cuál era el propósito de quien las redactó y las ensambló en un libro o en un estrato literario más amplio.

R. y F.: Pero, ¿formas como estilos?

G. B.: Si comparadas varias formas tienen características semejantes, eso quiere decir que dichas formas tienen un mismo estilo o género literario y esto también lleva a descubrir el medio existencial contextual donde se produjeron y, por lo tanto, se puede identificar cual sería su sentido original.

R. y F.: ¿Algo así como decir novela, cuento...?

G. B.: No propiamente, porque una novela sería un género literario más global que abarcaría en su interior muchas formas literarias y hasta géneros.

R. y F.: Casi un microanálisis...

G. B.: Así es.

R. y F.: ¿Cómo llegó a eso?

G. B.: En el estudio de la Biblia necesariamente hay que recurrir a una literatura muy extensa y a la vez muy especializada que se está produciendo desde hace ya más de un siglo, particularmente en el protestantismo luterano alemán e inglés y el contacto con esta literatura, pero sobre todo la que realiza los análisis de los mismos textos de la Biblia, hace inevitable que se tenga uno que enfrentar de lleno precisamente con el método que ocupa un lugar central entre todos los métodos de que dispone la exégesis bíblica, a saber, el Método de Historia de los géneros y sus formas literarias. Esta es la razón por cual vengo ocupándome de este método desde hace ya muchos años.

R. y F.: Usted, ¿cuando no está enseñando está investigando?

G. B.: Sí, más o menos así es la cosa, y en ocasiones cuando no hay clases significa que tengo más horas continuas para trabajar en esto.

R. y F.: Estábamos hablando de la biblioteca. Bueno, con lo que nos ha dicho no le vamos a preguntar que si frecuenta las cafeterías de la universidad...

G. B.: ¡A qué horas! Le cuento que soy muy avaro con el tiempo.

R. y F.: La escritura, por supuesto, en usted es importantísima, ¿cómo son esos hábitos de escritura? ¿Escribe la investigación?

G. B.: Sí, ya tengo un notable material o resultados constatados en la investigación y tengo el propósito de escribir algo, ¡Dios lo quiera!

R. y F.: Y libros, ¿ya tiene varios?

G. B.: Sí, uno ya publicado hace mucho tiempo en 1957, sobre teología, se trata de un problema que ya se planteaba en la escolástica y que luego fue inteligentemente retomado por el gran teólogo español, jesuita Francisco Suárez, del siglo XVI, quizás el teólogo más notable en toda la historia de la Compañía de Jesús. El título de mi libro era *Fundamentos metafísicos de la Potencia Obediencial en Suárez*. Otro libro ya hecho, terminado en 1972, pero aún no ha sido publicado, éste sí de exégesis bíblica: *Estudios críticos sobre el Libro de los Reyes*. Se han publicados sí muchos artículos en varias revistas y sobre temas y problemas que ofrece la Biblia, que imagino pueden ser útiles para lectores que estén interesados en precisar un poco más por dónde debe ir nuestra vida de fe y nuestro compromiso cristiano.

R. y F.: ¿Con qué otros maestros comparte estas cosas, o por su mismo trabajo que decía ahora, poco?

G. B.: No tengo oportunidades de conversar justamente sobre lo que a mi me ocupa en las investigaciones, quizás porque mis colegas se ocupan de otros aspectos de la Biblia.

R. y F.: Y las experiencias de las clases, ¿tampoco las comparte mucho?

G. B.: Las experiencias en las clases las compartimos sobre todo en reuniones de profesores de departamento, en encuentros casuales con este o con aquel profesor y a veces en seminarios de profesores.

R. y F.: ¿Cuáles creería usted que son unas buenas estrategias, unas buenas maneras de mejorar la calidad de la docencia en la universidad?

G. B.: Esa pregunta me coge de sorpresa y solo podría hablar de aproximaciones. Esto se debería pensar no solo

en serio, sino sistemática y científicamente. De esto depende la calidad de la docencia en la universidad, y por lo tanto la calidad de estudiantes que deberíamos formar.

R. y F.: Sí, ¿como ayudarle a los profesores a que sean mejores profesores?, ¿como qué cosas sería interesante hacer?

G. B.: Miren, ¿en cualquier facultad?

R. y F.: Sí, en general.

G. B.: Creo que este es un problema mayor y muy urgente que debe ser manejado en conjunto desde el rector de la universidad hasta directores de departamento implicando particularmente a decanos y directores de carrera. Más aún este es un problema inclusive de orden económico y de políticas muy decididas al respecto.

R. y F.: ¿Por esa falta de dominio que decía?

G. B.: Esa falta de dominio de lo que se enseña obliga al profesor o a ser superficial o a recoger un material de cuanto autor encuentra y esto es convertir los libros de autores no en libros de consulta sino en fuentes. En esta forma lo más probable será que el profesor no logre dejar en sus estudiantes figuras críticas, lógicas y manejables y tan asimilables que estructuren la persona.

R. y F.: ¿Qué sería para usted un buen alumno?

G. B.: Yo diría que un alumno ideal es aquel que verdaderamente asimila vitalmente lo que se ha enseñado. Lo hizo suyo. Pero sobre todo aquel que logra apasionarse por investigar y producir por su propia cuenta. A mí me da mucha alegría cuando veo antiguos alumnos que opinan cosas que aunque muy semejantes a lo que yo pienso, sin embargo no están repitiendo, sino opinando con personalidad. Esto quiere decir que lo que uno hizo como profesor fue estructurar las personas para que produjeran por sí mismas. Yo digo a los estudiantes que luchen mucho, por no vivir dependientes de lo del otro, sino por construir ellos lo que saben, de tal manera que lo puedan emplear como cosa suya y no prestada, es decir, que no estén citando entre comillas todo. Porque aunque no pongan las comillas es fácil notar que lo que afirman es prestado.

R. y F.: ¿La música, para usted, es importante?

G. B.: Yo creo que sí, pero no soy buen músico, y además tengo un vacío muy grande en formación musical.

R. y F.: Pero cuando investiga ¿la música lo acompaña o está en silencio?

G. B.: No, nunca. No puedo concentrarme si estoy oyendo música y si llego a concentrarme es como si no la oyera, lo mismo que cualquier otro ruido, que ni siquiera alcanza a perturbarme.



Caricatura de Julio Lemos, 1998

R. y F.: ¿Y El cine?

G. B.: Yo abandoné mucho el cine y me gustaba mucho, pero te puedo decir que hace más de 10 o 15 años no voy a cine. Porque siento pereza cuando intento ir a las salas de cine. De noche no me gusta y de día si voy a un teatro, pienso: ¿pero cómo voy a meterme en esa oscuridad en vez de gozar de la luz del día que me fascina?

R. y F.: ¿La poesía?

G. B.: Escribí poesías en mi juventud, seguramente malísimas; luego fui un crítico de los poetas. Pero después me fui convenciendo de que los buenos poetas son dotados de mucha finura para expresar lo casi inexpresable; me impresiona su capacidad de lenguaje simbólico. Muchos tipos de poesía me fascinan. Sin embargo, procuro evitar el lenguaje simbólico, prefiero, para expresar lo que pienso, los lenguajes directos. Por eso si usted se fija en la teología que yo enseño es cósmica, es decir, trato de describir la cosas que pienso como si las estuviera sintiendo y hasta viendo.

R. y F.: Entonces, ¿qué es trascendente en la teoría cósmica?

G. B.: Trascendente es el que es capaz de salir de sí mismo. Y el único que puede ser de esa manera es Dios mismo porque no tiene límites espaciales. Pero lo que es maravilloso no es que pueda salir, sino que pueda trascenderse vitalmente en las criaturas humanas, habitando en ellas, por su espíritu. Y si yo puedo trascenderme en mis hermanos, los seres humanos, ello es posible por pura gratuidad de Dios, que me comunica su divinidad habitando en mí o haciendo comunión real conmigo; de lo contrario, no sería posible que también nosotros los humanos fuéramos trascendentes, y esto precisamente porque somos limitados espacialmente por nosotros mismos, por nuestro propio cuerpo.

R. y F.: La pintura, la plástica, ¿tiene algún valor para usted?

G. B.: Sí, claro.

R. y F.: ¿En cuanto a remanente para la investigación, o en cuánto a qué?

G. B.: No, me distrae. Por ejemplo, la pintura y la plástica de Fernando Botero me distraen, las desproporciones de Botero me fascinan. Por eso, si yo fuera pintor sería caricaturista.

R. y E.: ¿Su papá o su familia han tenido algún valor en la vocación, en esta vocación de maestro?

G. B.: No creo.

R. y E.: ¿Usted pensaba ser maestro de niño? ¿O es algo que apareció?

G. B.: Mi papá no era cultivado, era un arriero. Quien era una persona con algunos años de secundaria era mi madre, muy inteligente por cierto, y su inteligencia se podía medir por la lucidez con la cual veía la realidad. Yo no tuve oportunidad de asistir a una escuela primaria. Hice la primaria con mi madre; era hijo único hasta los diez años, éramos pobres y vivíamos en el campo, sin posibilidades de poder asistir a una escuela.

R. y E.: ¿En qué parte?

G. B.: En el suroeste de Antioquia, en un pueblito que se llama Valparaíso. Mi padre se arruinó con la ley de Olaya Herrera que beneficiaba a todos los deudores; en ese momento mi padre estaba terminando de pagar una enorme finca y para que no viniera el efecto de esa ley, y la deuda quedase cancelada, el fulano que le había vendido la finca se apresuró a rematarle cuanto antes toda la propiedad y quedamos en la miseria. Fue en ese preciso momento cuando hice la primaria, teniendo como único maestro a mi madre.

R. y E.: ¿Y el aprendizaje suyo de idiomas?

G. B.: Yo no tengo especial facilidad para idiomas. Muchos piensan que tengo esa cualidad, pero eso no es cierto. Yo soy normal para aprender idiomas, y además no tengo muy buen oído, lo que es esencial para percibir idiomas. Yo sé varios, pero a fuerza de constancia. Sé las lenguas que son necesarias para abordar la literatura científica sobre la Biblia: el francés, el inglés y sobre todo el alemán.

R. y E.: Y de los orientales, ¿cuáles?

G. B.: Los que son indispensables para un estudio serio y técnico de la Biblia: griego, hebreo, arameo y un poquito de egipcio.

R. y E.: ¿El arameo o el griego?

G. B.: El arameo y el hebreo son muy semejantes. El griego es muy distinto y no es propiamente oriental. ¿Ustedes saben quién me enseñó griego? El padre García Herreros. El telepadre era profesor de griego cuando yo era alumno de secundaria, allá en Antioquia; en un seminario donde hice mi bachillerato, dirigido por los padres Eudistas. Nos enseñaban griego en el bachillerato. Yo aprendí a hablar latín correctamente como si fuera español, antes de terminar el bachillerato y el griego ya uno lo manejaba muy bien como para leer correctamente el Nuevo Testamento, y esto antes de terminar el bachillerato, que en esa época era realmente clásico.

R. y E.: ¿Alguna vez usted ha tenido cursos de pedagogía o algo por el estilo? ¿O lo que usted practica es por su experiencia?

G. B.: Más bien necesidad vital, tal vez porque mi preocupación es edificar personas. Para mí el ser humano es lo que me preocupa. Yo tengo poco sentido de admiración por cosas de la naturaleza, me admiran más los seres humanos que el resto de las cosas de la naturaleza. A mi me deslumbra un ser humano. Una flor no me dice mayor cosa. Me parece bonita, pero no soy capaz de emocionarme, estéticamente hablando, viendo un atardecer. Me emociona el ser humano. El ser humano es maravilloso, su armonía espiritual-corpórea y su magnitud en este orden de la creación me asombran; esto es lo que justifica el luchar por los seres humanos.

R. y E.: Por qué no nos define lo que usted entiende por “figura”, ya que ha sido un concepto tan recurrente en su charla.

G. B.: Con el término figura quiero decir que los conocimientos de algo o sobre algo, particularmente las cosas abstractas, no son una yuxtaposición de datos o elementos, sino que constituyen una armonía que se articula lógicamente, donde cada elemento tiene función y ofrece un contorno que lo configura. Yo me imagino siempre una figura como si fuera una cara humana, y los contornos la delinean como figura. O sea, yo conozco tanto una cosa hasta donde yo sea capaz de manejarla como figura definida, esto es, como que la puedo ver desde fuera y desde dentro de la misma cosa.

R. y E.: ¿Y la definición de forma?, en todo lo que está investigando...

G. B.: Yo entiendo por figura no la forma, ya que ésta es propiamente la causa de la figura, y la figura, en consecuen-

cia, su resultante; cuando yo hablo de imaginar la figura de una cosa, así sea abstracta, esa figura no la estoy creando o produciendo yo, esa figura nace del dinamismo interno de los elementos que la componen o la configuran.

Pongo un ejemplo: para Aristóteles el alma es la que configura el cuerpo o al hombre; pero para la manera como yo estoy entendiendo al hombre, sobre todo a partir del Nuevo Testamento –me estoy refiriendo a la concepción de hombre que tenían Jesús y de allí también San Pablo–, el alma no es propiamente lo que configura al hombre, es el espíritu de Dios que lo crea aconteciendo en él o habitando en él y es este mismo espíritu, su forma o el que lo configura o informa, o si usted quiere, es como el alma del hombre. El mismo Concilio Vaticano II nos dice (G.S. n.22) que esta concepción del hombre no es solo del caso de Jesús, sino de todo hombre, claro está con los limitantes que éste puede oponer hasta el punto de desfigurarlo

Por eso, repito, este esfuerzo por encontrar la figura de las cosas no es una imaginación ficticia, sino el querer encontrar el dinamismo interno que tienen las cosas y por eso aquello que las articula y configura y esto con el propósito de hacer comprensibles y prácticamente manejables las cosas a los estudiantes.

R. y F.: Y de allí también el papel formativo...

G. B.: Claro, yo hablo de figura para toda cosa, pero ya con la figura de hombre, lo que uno está viendo no solo es un ejemplo casual, sino además un criterio para edificar el tipo de ser humano, o sea las personas profesionales que se pretende formar según el proyecto educativo de cada universidad.